

LAS NUEVAS VOCES DE ENTRE RÍOS

Prólogo

Los diecisiete departamentos que conforman Entre Ríos (una de las veinticuatro provincias de la República Argentina), están mucho más incomunicados que la provincia en relación con la capital del país, Rosario o Córdoba. En realidad siempre fue así, y los motivos son más o menos conocidos. El arte no escapa a esta situación. Por eso, la presente antología sólo incluye la producción de algunos de esos departamentos, aquellos en los que pude tener acceso. Son muy pocos: la mayoría de Paraná, capital de la provincia; y de algunas de sus ciudades: Basavilbaso, Concepción del Uruguay, Concordia y Villa Elisa. No están representadas Gualeguay y Victoria, ciudades claves dentro de la literatura de la región, donde tal vez hay buenos escritores en actividad. Lamentablemente no los conozco. Y por las mismas razones los departamentos restantes también están ausentes. Sin embargo, se trata de un corpus significativo. Están incluidos los poetas de la nueva poesía entrerriana que considero relevantes, los que han sido reconocidos entre sus pares y han intervenido activamente en los recitales, principal canal de transmisión de la poesía actual. Un poco más de la mitad de los antologados sólo ha editado un primer libro; los otros todavía permanecen inéditos. Una minoría tiene más de un libro impreso, recibió alguna distinción o divulgó sus trabajos en formatos digitales.

Casi todas las antologías suponen un recorte. En principio debía ajustarme a la propuesta de reunir a los poetas jóvenes, considerando como tales a los menores de cuarenta años. Después decidí ampliar el espectro y sumar representantes de las generaciones anteriores. Se trata de poetas que también han publicado un solo libro o algo más, pero en antologías, revistas o ediciones de autor de circulación restringida; por lo tanto pueden ser leídos como si fueran "nuevas voces". Sus obras no han recibido la merecida atención del ambiente artístico en general, de otros escritores consagrados o de ciertos círculos académicos, que -junto al incierto aval de los premios literarios y la ausencia de medios periodísticos- transforman en paradigmas determinadas estéticas, determinadas modas, determinados autores, de manera excluyente. Conviene situar este reconocimiento en la perspectiva adecuada: la poesía se difunde siempre secretamente y por vías azarosas respecto de la literatura en general, que actualmente goza de escasa por no decir nula influencia sobre la vida social de los argentinos. Por otra parte, algunos poetas eligen el margen deliberadamente, como una manera de preservar su obra de concesiones y apostar al lenguaje por encima de cualquier otra cosa.

A lo largo de años de lecturas, el escritor está en condiciones de revisar el mapa que lleva consigo como equipaje y cotejar cada texto nuevo leído con esa cartografía. En mi caso particular ese mapa se extiende desde lecturas parciales de los antiguos hasta los poetas de las nuevas generaciones; desde la Argentina a la China y de la poesía en lengua inglesa del Siglo XX, a Chile, entre muchos otros países; desde las narrativas, a la teoría literaria y a las literaturas orientales yva más allá de los difusos géneros literarios. Los criterios de selección de la presente antología se fundan en esa lectura abierta y ecléctica. De este modo, la subjetividad propia del gusto cede a cierta objetividad.

Los poetas seleccionados responden a los imperativos de la época. Quiero decir, todos se ajustan al verso libre, de métrica variable o amétrico y al ritmo propio del que escribe; al habla cotidiana y al entorno. El país y la ciudad de origen no deberían impedirnos advertir que así como hay escritores demarcados geográficamente, hay otros que resulta difícil asociarlos con un lugar determinado, ya que las formas y los temas de sus poéticas exceden los rasgos particulares. No hace falta enfatizar la pertenencia como si fuera una bandera; las raíces son tan insoslayables como la luz y los ríos que nos atraviesan. Por lo demás estos parámetros no son fijos; hay movimientos estéticos en consonancia con los desplazamientos del escritor. El espacio urbano se mixtura con el espacio natural y, a veces, se contaminan entre sí. Un escritor que vive en la provincia no escribe igual que otro que vive afuera; el imaginario probablemente siga siendo el mismo, pero las formas cambian. Tres de los poetas seleccionados escribieron su obra fuera de la provincia y ejemplifican lo que vengo diciendo. Durand, Ríos y Almada han creado espacios de circulación para sus textos y los de muchos otros autores (a través de las editoriales, Ediciones del Diego, Interzona, Carne argentina) y han recibido una atención más o menos considerable de la crítica y de otros escritores, lo que les ha permitido recitar sus poemas en lugares diversos y publicarlos en diferentes formatos. No obstante este reconocimiento ocurre especialmente en la gran urbe; mientras que en la provincia estas voces no ingresan dentro del canon de lo legible, por lo tanto quedan tan afuera como Zelarrayán o como lo estuvo el primer Calveyra. Por lo demás, la obra de Durand es insoslayable cuando se piensa en la década del 90' de la Argentina y su poesía tiene—también—un tono entrerriano. Un caso similar es el de Jorge Montesino, un entrerriano en la frontera con Paraguay considerado como representante de la vanguardia en ese país, que ha forjado un lenguaje poético que fusiona la innegable cadencia entrerriana de su tono con el imaginario guaraní-paraguayo (Montesino estaría incluido en la Antología, si no fuera porque ya está muy bien representado en esta Página). Pero el tema de la “pertenencia” nos desviaría de este prólogo que sólo intenta ofrecer al lector un enfoque no académico sobre nuestras letras. Tendríamos que hablar de la identidad; de si tenemos o tuvimos alguna vez una identidad. De lo que significa ser argentino o

entrerriano. Y por extensión, de cómo influyó la dictadura sobre el autismo de muchos escritores. Cierro las digresiones y agrego: los poemas fueron elegidos primero por su calidad y después por el lugar de nacimiento o residencia de los autores. El presente panorama no representa ningún movimiento colectivo; cada obra responde por sí misma y posee sus propias singularidades.

En la mayoría de los textos predomina el registro coloquial por encima del literario. Cuando digo "coloquial", me refiero en sentido amplio a la reproducción de los ritmos del habla; aún cuando destaco que no se trata de una mera transcripción de modismos populares; sino de una recreación artística; son voces alejadas de la banalización, del espectáculo y de los efectismos. Cuando digo "literario" aludo a las convenciones poéticas: la cadencia métrica, las imágenes cristalizadas y un lenguaje excelso; es decir lo que asociamos con "alta" literatura, por oposición a la "baja", que incorpora el "ruido" de la época, en contraste con la "armonía" de los clásicos⁽¹⁾, para dar testimonio de un mundo fragmentado, de la velocidad de las cosas y de una naturaleza que para muchos ya dejó de ser pasaje hacia "la otra orilla", correspondencia entre el interior y el exterior como sucedía en la poesía de Juan Ortiz y sólo remite al agotamiento de sí misma, vacío o nostalgia. La realidad crea una nueva percepción y las formas cambian. Es lo que justifica históricamente las vanguardias, más allá de sus resultados artísticos. Así, el tono conversacional, la descripción, el prosaísmo y la imagen son los centros de irradiación de esta nueva poesía, que también abarca una relectura de la tradición lírica entrerriana.

No son escritores improvisados; elaboran sus composiciones. Tienen conciencia del lenguaje, sus materiales y estrategias. Afinaron su voz. Crearon su propio espacio dentro del texto. Casi todos establecen una genealogía particular de creadores que influye en sus escrituras y el resto aparenta no llevar ninguna mochila en sus espaldas. Pueden inscribirse en corrientes diversas: del objetivismo al hiperrealismo; del neoromanticismo al minimalismo; no clausuran la exégesis, sólo marcan una posible orientación del material. El análisis basado en la estética sólo es una de las vías de acceso a las obras literarias. Por más objetividad que uno se proponga, la lectura nunca deja de ser arbitraria, parcial y subjetiva; sin embargo, esperemos que las siguientes glosas funcionen como una introducción a las poéticas.

Bernardo Uchiteles uno de los primeros poetas entrerrianos que se apartó de la retórica del neoromanticismo de la generación del 40' y recreó la provincia desde otro lugar. Uchitel miró a fondo el paisaje. El cielo abierto, los vientos y animales sobre las cuchillas entrerrianas están adentro de sus poemas. Aunque, frente al regionalismo y al canto solemne o celebratorio, elige un tono bajo, potentes imágenes y

descripciones precisas, que condensan el discurso en la frontera del silencio. La transparencia es otro de los atributos de su estilo. Uchitel establece un diálogo fecundo con la poesía americana que inauguró William Carlos Williams, con el viejo haikú japonés y, más directamente, con Ortiz, a quien frecuentaba junto al poeta Hugo Gola. Su obra trasciende los límites de la antología; sin embargo sólo ha sido leída por unos pocos privilegiados.

Archiboldo visita el supermercado a través del inventario de frutas, carnes y verduras de Graciela Gianetti, quien desplaza los objetos de sus referentes habituales hacia un tejido fantástico de "historias" y personajes exóticos y se arriesga con el uso de metáforas, que a la postre resultan novedosas. Hugo Luna y Stella Maris Ponce oscilan entre una poesía de la percepción-a partir de objetos significativos- y una poesía del ser - que ausculta en la interioridad del yo-. Luna se vale de figuras despojadas para hablar del fin de las relaciones, de la soledad y gratuidad de la escritura; Ponce recurre a un lirismo intimista para celebrar la epifanía de algunos rituales, alterna símbolos clásicos con un imaginario moderno. María Elena Barbieri retoma una lírica que reivindica una conducta cívica y amorosa desde referentes culturales y recursos propios de cierta poesía latinoamericana.

Daniel Durand recrea la autobiografía narrada en "Segovia"; allí el poema se convierte en campo de experimentación permanente, en una ruptura de convenciones sociales y literarias. Conviven personajes imaginarios con familiares y amigos, que aparecen a través de una voz que narra o describe los sucesos cotidianos en tercera persona o bien involucrándose con un "yo" autoreferencial y bardero. Es decir, la mezcla de la alta con la baja literatura; de la lengua literaria escrita con la oralidad y de múltiples registros lingüísticos, que van de lo culto a lo vulgar o procaz; del habla neutra, a la porteña y entrerriana. Ese poema faro de los 90' es un buen ejemplo de cómo opera su poética, pero no el único. Durand es un creador de formatos o maquetas que aplica en cada uno de sus libros, lo que le ha permitido generar epígonos (jóvenes vates) y circular en ambientes disímiles. No obstante, esa atención centrada en los procedimientos formales, no impide la marca extremadamente vital de su escritura. El texto genera su propia realidad y su propia forma; de ahí el carácter ficcional que la crítica ha visto en su obra. Durand ha absorbido todas las estéticas pero no profesa ninguna en particular: la paradoja es una de sus figuras preferidas.

Damián Ríos, en *La Pasión del novelista* (cuyo título remite al Saer de *El arte de narrar*), incorpora personajes familiares y episodios de la infancia en un tono intimista y emotivo, pero moderado, atento a los

detalles y a las imágenes que traman sólidamente el relato y recuperan el pasado provinciano no desde la nostalgia, sino desde la experiencia adulta. Los narradores, Fernando Belottini y Selva Almada, aportan al cruce de géneros, entre la poesía y la prosa. Belottini ahonda en el proceso de la escritura en sí o en la palabra como prueba de la existencia de las cosas, a través de símbolos, juegos fonéticos y cierto aire cortazariano; Almada compone personajes que usa como máscaras, en un registro irónico y kitsch de lo cotidiano; también se presenta por medio de un “yo confesional”, con una reverberación de escenas fijadas en el pasado. La exposición directa de la experiencia también caracteriza a Horacio Lapunzina, pero como sujeto lírico: reescribe el canto de un imaginario tradicional; contrariamente, Fernando Callerón canta, sino que cuenta y describe minuciosas escenas del paisaje, objetos y seres emblemáticos, con trazos desprejuiciados y humorísticos. Con una mirada naif y de acento femenino, Marita Balla reflexiona sobre la poesía y el amor heterosexual, con el pueblo como telón de fondo; Claudia Sosa realiza una original relectura de los mitos y las metamorfosis, a partir de pequeños insectos y animales (incluido el hombre) dentro de una naturaleza animada.

Luego vienen las generaciones más jóvenes. Martín Carlomagno exhibe un lirismo intimista como tono dominante: registra desde el presente los momentos luminosos de su historia personal; Leonardo Köstner practica una suerte de poesía cósmica, que tiende a conciliar los tres reinos: humano, vegetal y animal, con figuras alegóricas; una lírica que va de lo amoroso a la poesía de la poesía distingue la voz de Tamara Demiryi.

Hay pocos casos de escritores intuitivos natos, uno de ellos es Julián Bejarano, que despliega una gran inventiva, trabaja con el paisaje con una primera persona que cuenta lo que ve o lo que piensa; Ariel Delgado, en cambio, se apoya en las anécdotas cotidianas y algunas figuras que sobrevuelan lo autoreferencial.

Las palabras de estos poetas parecen recién nacidas, como si reinventaran la literatura entrerriana, a partir de otros cauces. Los lectores podrán descubrir por primera vez un material muy variado en diálogo entre sí. Les dejo la tarea de encontrarlos desvíos, las resonancias o filiaciones correspondientes.

Marcelo Leites, Concordia, marzo de 2008

(1) Conceptos de la escritora argentina -Ana María Porrúa, en "Simetrías y asimetrías: La voz en la poesía", artículo publicado en la Revista Punto de Vista, Noviembre/Diciembre, 2007.

BERNARDO UCHITEL

(Basavilbaso, 1942- Vivió en Entre Ríos hasta los 13 años- Luego se radicó en Santa Fe- Actualmente reside en Santo Tomé)

Mi vida es
un grito
un vuelo de chimango
sobre los campos pelados de julio

Después de la cosecha

Los tres paraísos
duermen
sobre la vieja tierra.

Calmo Noviembre llama a Diciembre
al silencio de los campos abandonados

Un vuelo de perdiz se alza
en el azul maduro de la tarde

También se muere en otoño

El aire
resbalando
con el ruido
de las hojas
se va
antiguo
como un viajero olvidado

Junio

La luz tiene
vaivén de nubes y viento

Los paraísos sin fragancia
y el campo
sin pasto
se refugian
al calor
de la cueva de la lechuza.

Malón

La hermosa cautiva
arrastró
el lacio de sus cabellos
entre los cascos y la tierra

Cómo la amó ese día
el terrible Piedra en las tolderías

(Del libro *Poemas (1966-70)*, Ed. La Ventana,
Rosario, 1977)

Vi esta mañana
una mariposa amarilla
entre las chapas y las paredes
El viento de la noche la trajo
Pálida
en la primera luz
no termina de irse

Pasan...

Pequeños patos salvajes
pasan
sobre la ciudad
Su silbido

en mis noches de insomnio

Anduve por ahí

Los árboles y la tierra
parecían los mismos
De lejos venía
el ruido de la trilla
y en el cielo de sol
las bandadas de la virgen
No se vuelve
No se parte

Desde Concordia a Basavilbaso

La garza blanca por el cielo
siguiendo la línea del río
los arroyos afluentes
y los naranjos
se iban por la ventanilla del tren
Y vos recostada
en el ángulo de la ventanilla y el asiento
sonreías contenta
ensimismada en el viaje y el destino
Lanzados desde el sin principio
hacia el sin fin
llevamos la muerte y sonreímos
Durante la noche bebimos
cerveza bien fría
y cuando llegamos
llovía ya un poco
dijiste:
"Se sentía el olor de la lluvia"

(De la Revista *Poesía y Poética* –Nº1- Dir. por
Hugo Gola, Universidad Nacional del Litoral, Santa
Fe, 1988)

Viví ahí

En el Uruguay
vi el dorado
saltar
y esconderse
destello
hundido
del sol.

Porque mi corazón está triste

Porque mi corazón está libre
gira en él el viento
y el polvo cósmico
Porque mi corazón está libre
escucho desde las islas
las voces de las aves acuáticas
y de las ranas
Y veo en la rama
al Martín Pescador acechando
el agua
Bandadas de siriríes y crestones
cruzan el cielo
y no digo que sí
y no digo que no
Porque mi corazón está libre
estoy en el lugar
y no pregunto
ni destruyo.

Vida tediosa
rutinaria
En el espejo
del tanque australiano
miro
aves errabundas
nubes desgajadas
y luminosidades
que incitan

a otros destinos
No hay espejos
no hay otros destinos
sólo un rostro que envejece
y una memoria que se agita
corriendo enloquecida por los campos
Los teros espantados
vuelan hacia mí
enojados
y se asientan
simulando nidos

Entre Ríos

Sombras alzadas
bajan la cuchilla
huyen
hacia lo profundo
de los montes espinosos

Cuento mis días
quedan algunos
me parece
Pongo la caldera al fuego
humedezco la yerba
con agua tibia
planto la bombilla
caliento más el agua
arrastro la silla petiza
hasta la galería
tomo mate
y miro
miro
Viene lluvia
desde las ancas del caballo
llega el viento
Refucilos
al sudeste
sobre los montes
Prendo el cigarro

Sombras alzadas
bajan la cuchilla
huyen
hacia lo profundo
de los montes espinosos
Húmedos

La tradición oral

Hay unos ceibos que crecen
a orillas del Calá
cerca de Rocamora
Lugar donde la risa
no moró
ni mora
Se escucha decir
que decían
que ahí
fue
el degolladero de Urquiza

Carta a un amigo

Cuanto te vayas
el aguaribay va a estar florecido
No lo podrás ver
ardiendo de abejas
como dijera Juan
¡ah! a propósito de Juan:
Aguaribay
aguaribay
desde las colinas
viene llegando Juan
Por la orilla del Gualeguay
aguaribay
aguaribay
desde las colinas viene
llegando Juan
Sucede que es septiembre
El año que viene
los estaremos esperando
para cuando vengan con Marilyn
Serán otros días
¿Cuál es ese tejido histórico
que nos envuelve
al que hacías referencia
días pasados?

Anduve por Posadas

Y cuando volví y pasé
por los lugares donde viví
busqué mis amigos
y ya no estaban
Y ese verano bajo el sol
me dirigí al cementerio
cuarenta grados de temperatura
y el calor reverberando entre las tumbas
Y miré
busqué
y encontré
la flor y las tumbas
de los que habían sido mis amigos
Carne y huesos podridos
Hediondez enterrada para siempre
el que le gustaba recitar a Neruda
Hediondez y putrefacción
enterrada para siempre
el que se estremecía ante el paso de una joven
y con el vaso de vino en una mano
brindaba en el aire
al amor
El calor reverberaba en las tumbas
y entre la reverberación y el cielo
flotaban grandes mariposas
A la sombra de los altos árboles
me adormecí.

(Inéditos)

GRACIELA GIANETTI

(Paraná)

Abrid puertas, sésamo

¿La mirada de nailon juega otro juego
por los pasillos líquidos que reverberan?
¿Cuándo salen los ojos van sin sus riendas?
La nariz desbocada miradas rueda.
¿Quién surte de abalorios la boca hueca
cuando el guardián quemado calla y no muestra
el carro que se arrastra sin las olivas?
Una puerta se abre
y otra se cierra.
¿Quién reina entre cristales?
¿Quién los desliza?
Caravanas desnudas platean el morro
con plata líquida: rímel, perfumes, jabón y crema,
pie de alabastro, zapato y quema
Rauda la lengua. Nada se olvida.

Eclipse de la semilla

Las manzanas decoran
las tartas con almíbar.
Guardan una semilla
que late todavía.
Cabalgan huevos de oro
mientras gimen
los polluelos
y se hincha la flor de las harinas.
Barcas de amapolas se despiden
bailando y encendidas con una tea vikinga
al sur a toda vela.
Budines de naranja. Medialunas y
peras confitadas.
Pasteles de crema de vainilla.

A la guerra.

Mandarina tropical

Infantes navegantes,
las frutas por la noche
en las góndolas
blancas.
Ronroneantes, fetales,
Subtrópicas,
difuntas del jugo prometido,
fuera del arco antiguo del edén continente
que no zarpó destino, pervertido en historia.
Pira en cruz de las piñas,
amor de mandarinas ya polvo,
ya cansado, ya lustrado
y abierto
a la demanda ígnea
de lúbricas monedas.
Ánima de la tierra en degüello,
Abierta, descolgada, enfardada
loca triste:
se ofrece, se niega,
se exhibe y fermenta
en la mirada rota del ojo que la deja.

Desfile de los suplicantes conquistados

Llegan desde Oriente
con lentas reverencias,
agudos mandarines,
hombres y mujeres
con sonrisa en feng shui
Con abanicos largos,
vestidos y elefantes
que desfilan
grises, con colmillos, sin colmillos
y enchapados entre rumores de ópera
y cascabeles de teatro sin sombras
y campanillas
y gong

(tembladeral en
la vereda cuando una morena
y una rubia triste como una moraleja
en francés,
con algunos pecados todavía
sin marrar en temporada,
se ofrecen con calma de peregrinas
a una mano blanca y a una mano negra
a una boca rabiosa y a una boca nueva).
El cuarzo rosa, en la cabecera.
Pim-poyo y Pim-poya: de a dos y de a tres.

Bacantes prisioneras

Las uvas se muelen un vino sin claros.
Gotean sus verbos sobre los pasillos.
Sobran las balanzas.
No importan los
granos que se van perdiendo
solos
despegados
caídos al suelo
como huesos blandos
desarticulados
entre las entrañas azules de lámparas
y el estante verde
de ternuras claras.
Explica el maestro:
“frutos y verdores
para los licuados”
Responde la peste:
“es la podredumbre
de lo que ha sobrado”.

No olvide su tique

Flores secas con aromas del bosque.
Lata de atún para mañana.
Cohetes de plumas para el patio.
Tallarines de seda.
Lápiz de lustrar bancos.
Coladores de almendras.

Caña de pesca, mosca, flotadores dos,
anzuelo, ril.
Sol para el nublado.
Botas vinílicas que suspenden la lluvia.
Etiquetas bordadas para rotular pájaros.
Jaula de acrílico para encauzar el aire.
Caballito a pilas con ecuyere.
Efectivo y cambio.

Clímax para los corderos

Trasegaron los campos
por lanas a los cuerpos,
la blancura de azúcar,
la mirada cortada
entre azul de frontera y amarillo delirio.
Fueron la hoguera blanca que sepulta la sombra.
En los ojos la tierra
ardió con la ignorancia de una niña vendida.
Es el modo animal de este suelo.
Aquí, morder el paso. Allá, sorber rocío.
Encrespar el alambre y recorrer el cerco.
Después, acariciar
con sangre los cuchillos.
Ahora
arrebañados
tiernos costillares, asomos nacarados
de huesos en la funda de carne
sobre el relumbre ardiente
del acero y la brasa
devuelven cada paso a la raya.
La mano de uñas rojas y la mano velluda
seleccionan los trozos de las rejas.
Las encías de rosa
se empapan en rocío.
(Carne dentella carne,
las dos en estampida.)
¿Escuchas los balidos en todos los rediles?

(De: *Bailarines en el mercado*, edición artesanal, 2005)

HUGO LUNA

(Concepción del Uruguay, 1959)

Ha pasado una babosa. Se ve
En su rastro vidrioso
Arrastrarse la luz de
Otro amanecer

No me dejes cruzar. No permitas
Que mis brazos se abran
Frente a la ventana. Átame
Al cobijo de un espejo
Para verte cada vez
Que levante la cabeza
Como si algo digno estuviera en mi frente
Como si fuera un perro que ladra un pensamiento

Han pasado los años. Barbarito es un bárbaro
todavía con recuerdo. La bruma
Hizo lo posible con su nombre.
Se conoce hijo de consejos inútiles
el mismo verificando el espesor del día
La ventana sin cancel y ya apagada
“Apagada a qué” piensa Barbarito
“A ponchazos?” “resoplidos de aire quieto?”

(De “La ventana que mira” -2004)

Estuvimos helados
enigmáticos
heridos por la luz

Asidos a la última alegría del día

En espera

(No es fácil respirar
en un aire de pañuelos
que despiden)

El mar

Pegado al silencio
frágil de los crustáceos

a las grandes olas
blancas en su cresta
negras en su fondo

Una marea
abierta a los naranjos
el campito de luz

copia a veces
resplandores
en la casa abandonada

(De: En la nieve –2006)

Historia de vida

duerme bajo la chapa
no es poeta y no
sabe nada de historia
("la historia miente" lo leí
por ahí)
sueña que una lluvia fina
tamborilea sobre la felicidad
o la desdicha (no sabe bien es
un sueño) cantando
bajo la lluvia piensa

dormido el spot lo sigue lo
inmoviliza en el celuloide de la eternidad

Empírico

hay quienes escriben poemas para
no suicidarse lo hacen
en la absoluta intemperie del desamor
sentados en los bancos de las plazas las mismas
en las que san martín galopa en su caballo
las mismas que de tarde son sólo bullicio
los hay
que lo hacen para enamorar
y seducen a las aves con su pluma refractaria
de incendio incendio de palabra quemante
yo escribo para
sustentarme en la nada y es claro
me interesa la hoja que me corta
tanto como la que escribo
me interesa me penetra como decía don Witold
si es malo el poema un poco me avergüenza
si es bueno el poema me avergüenza otro poco
la poesía desnuda hasta los huesos
no se puede ver blanca ni hueca
es un esqueleto de palabras
es lo corpóreo y falta

escribir no me salva

(De: "Reflejos sobre el cinc" -2007)

Poema

estás tomando aire. estás juntando aliento para seguir. la huella es clara. el camino. y pueden contarse en ella las veces que ha girado la rueda del carro. incluso los cascos de los caballos han molido terrones de tierra. secretos pueden verse esparcidos. semillas. alimento para aves silvestres. no hay nada en el horizonte. nadie hace celajes en el cielo. no hay nada en la huella. la huella es la huella del vacío. el carro ha girado allí mil veces su rueda y ahora la rueda apoya su vacío en el jardín de la casa. esta es la casa. este es su frente. la casa sin nadie. el hogar sin ceniza. quien vivía en la casa mira el camino. la huella. mira los ojos de los caballos. una nube sin forma que trepa por el aire. y desaparece.

(Inédito)

MARIA ELENA BARBIERI

(Nacida en Villa Elisa

Vivió muchos años en Paraná - Residió en México)

este cielo no tiene

*para vos,
en nuestro tiempo de recuperación
de territorios dormidos*

dan las 2 contra el cuerpo de la lluvia en la noche de México
qué le importa el tiempo a los animales fabulosos de la memoria
en la intemperie de territorios entrecruzados
todo ojos de felinos asteriscos de cuarzo bajo la piel agazapados
para contemplar la magia de lo transitorio sublime que es el recuerdo
dispuestos al arañazo a la caricia al salto

es que vivimos tan poco y tanto

un parpadeo
hojas de un otoño que aún no aprendo en noviembre
el viento que silba en las ochavas confundidas
vos, ahora, dónde serás
y estas lágrimas

entonces me duermo y llego al sur
ahí estoy
un rastro entre las piedras
la delicada forma del barro entre las patas de las garzas de mármol
en los espejos de los pantanos

porque así son las garzas allá en el sur
crecen amarillas en los girasoles emplumados
por las colinas donde anda Van Gogh, dice ebria de poesía Zamarripa
y en un arrebató por los amores distantes la traigo
me la prendo en el pecho y en este verso
ella está allá
entre los ríos y arroyos que tanto amo y que soy

ahora yo te llevo a vos en un rapto sin mitologías
mañana te despertarás con la melancolía de los campos entrerrianos
y vos sin saber por qué tienes húmedos los párpados y las manos
en mi isla iremos saltando los charcos y yo te contaré
aquí está Urquiza en su palacio donde le hicieron la muerte
y ése que parece un dios despeinado
es Juanele en las catedrales del agua
mientras Madariaga entre tembladerales de oro se nos iba

a la llegada de un jaguar a la tranquera
y estaremos volviendo del Paracao
donde Arias de Saavedra y Yasú fumaron
la pipa de una paz hecha de sangre y de ausencias
porque el indio aspiró el humo y era la última vez en 1620
donde el río Paraná se dobla en una caricia áspera de canteras
de espinillos sometiendo a las copas de aguaribay en un revuelo
y aquí está el lugar en que crucifiqué mi melancolía una tarde
donde los negros africanos frente a la iglesia del santo Miguel
cantaron y bailaron el yacaré está en la laguna

y en el sueño me quedo entre las ramas en una delicia
hacia los tiempos idos

donde vos no estuviste nunca si no es por esta historia mía
que ahora es tuya porque entraste en mi sueño

entre arrozales purísimos
que despiertan a los campos por el asombro
al vernos pasar por esas tierras quién sabe ya de qué banderas

de qué banderas es la patria
qué patria
si apenas un lugar atravesado de historia
la única bandera es el cuerpo enamorado
pero de eso no saben los banqueros

y sin razones de números nos fuimos por el aire
de aromas de jazmines del cielo entre los fresnos
entre las copas vacías y los cántaros rotos
de los que perdieron los perfumados rituales antes de haber sido
y para saber quiénes son o quiénes fueron
interrogan vanamente a un pasado misterioso
que enmudece como el dios más infernal

yo te estoy contando la historia de estos pueblos, la leo
en los surcos, en las casas vencidas, en el aire agrio

y en una danza de familias desheredadas
como la mía
que miran sus fotografías
buscando las huellas donde se les perdió el olvido
en un afán ciego por encontrar lo que nunca tuvieron
arañando el cuerpo de los recuerdos

te voy enseñando ese modo de la gente de mi lugar
mientras te digo
en un revuelo de teros, cardenales y nutrias
que llenan de polvo los afanes de un tal Forclaz
un pescador de ilusiones con sus molinos de viento

o despiertan las telas de las arañas entre las vigas ya casi nada
de las maderas utópicas del falansterio de los amantes de Fourier
que ahí en San José fundaron algunas revoluciones
Durandó y los que lo quisieron, ahí están
haciéndonos señas inconclusas
invitándonos al invento de la historia
apenas dibujada desdibujada
en un espectáculo de infamias espejos desdichas
torciendo los brazos con una brújula incierta en territorios imprecisos
donde la seguridad no tenía otra casa
que sembrar la vida cada día
fundamentalmente en mi Villa Elisa
donde debe de haber sido obligado el rezo para el olvido

no hay más océano detrás del océano no hay nada
no hay más océano detrás del océano no hay nada

es decir esos polacos esos suizos esos italianos esos vascos

y ahí no más te dibujé la geografía de mis plantas
ése fue mi pan mi música mis zapatos

no me hagas caso
hay horas donde las redes
arman juegos dinosaurios ágatas
no me hagas caso, mi amor, no estoy loca

son las 2 contra los huesos de la noche en el hemisferio norte
nadie puede ser culpable de una fiebre de equilibrista
elevada en mis pies que caminan por los cristales del aire
para cortar el polvo azul de la tristeza que se mete en los sueños
por el tejido inacabado de la historia

cuestión de fe

una milonga de náufragos

de lo que se trata es del ojo
que mira
no de la cosa en sí

por ejemplo
piedra preciosa
es tu mirada de zafiros turcos azules
que ahora vive en las suelas de mis zapatos

por ejemplo
por las cascadas de este cemento caigo

en los arroyos entrerrianos
por pura tristeza sin escuadra

por ejemplo
en un viaje sinfín hacia la geografía de mis deseos
la tierra en que creo está en vos
aunque te hayas ido

cuestión de fe:
como las nubes rosadas
creen que están arriba
en las arenas azules del cielo
cuando vos y yo sabemos
que son en los ojos de los pájaros que miran
los ojos de los peces que ven
los ojos de las vacas que pastan sin esperanza
que por supuesto es rosada y no celeste

pero vos y yo sabemos
que el cielo no está ni es
ni azul ni arena
ni joya extraña

cuestión de fe
para abrir los ojos cada mañana

paisajes

hoy la ciudad tiene otro color
rayo la selva buscándote
y saltas en el vacío iluminado
cierro rápido mis párpados

un artista

el verdulero de mi barrio
el que vende melones de cristal que se incendian en la lengua
cuando me distingue en su cosecha
suelta sus frutos salvajes de vidrios de colores que ruedan por las calles
como catedrales alegres liberadas del hastío
y grita como sólo un verdulero puede gritar: "Brilla tú, meloncito loco"
yo sé que él sabe cómo puede brillar mi cabeza
yo sé que aunque no estén él ve las semillas en la pulpa de mis huesos
pero, con qué derecho voy a desplantarlo a mi airoso verdulero?
él es feliz y yo... corro y vago y soy y luminosa,,,

(De: En el campo de mi padre las gallinas estaban prohibidas – Inédito)

FERNANDO BELOTTINI

(Santa Fe, 1962, Reside en Concordia, desde hace años)

El todavía de la memoria, las fotografías y los papeles

La lava llegará.
A las doce y cuarenta y cinco la lava llegará al pueblo.
Al pueblo donde habitan
desde antes de las doce y cuarenta y cinco
hombres y mujeres.
Falta poco.
Hombres y mujeres comienzan el abandono de los lugares que
habitan
Comienzan cargando, en los lugares que pueden, cosas
inverosímiles.
Antes que estalle el abandono.
Falta poco.
Cosas inverosímiles, es decir
cargando fotografías y papeles en blanco.
Es decir, lo que pueden.
Hay camiones abarrotados de papeles y fotografías
y carros y alforjas y bolsos.
A la vez, hay alforjas y bolsos y carros
abarrotados en camiones enfilados hacia el este.
Desde donde dicen, quizá estalle el sol mañana
y todos, enfilados, a salvo.
Hacia lo que solo será el sol
y a la vez todos, en el este
dicen a salvo.
Antes el pueblo quedará encendido
y quizá mañana, petrificado.
Muerto quedará antes que petrificado y encendido
y solo será Pueblo Muerto en la memoria
en las fotografías
y en los papeles todavía en blanco.

(Publicado en la Revista Juglaría N° 16. Rosario, setiembre de 2007)

Un poco de tos

Todo cae
Irremediablemente cae hasta la línea horizontal donde no hay nada
Solo una línea en el espacio
Un papel cuadriculado con una línea debajo
Todo cayó sobre la línea, trazada en el papel cuadriculado
Abajo
Muy abajo en el papel sobre la mesa
Sobre el piso
En los cimientos
En la tierra donde irremediablemente las cosas se depositan
Se depositan bolsas levantando polvo cuando caen
Juguetes, libros y hasta cuerpos a veces se entierran
Todo al suelo
No hay otro paradero para las cosas que no sea el suelo
Diría que las cosas son el suelo
Las cosas son potencia de suelo
Todo caerá y caerá al suelo
Hasta los árboles caerán formando esa línea horizontal que es la Tierra
Todo se concentrará en la tierra, se acomodará como pueda
Solo el suelo tiene lugar para la Tierra
Cualquier descuido y ya estamos en el suelo
El suelo es el que guarda, en esa línea que tiene, todo lo que cae
Puede vérselo desde arriba, pero por poco tiempo
También la mira cae al suelo
Cae derrumbándose como un cuerpo sin dominio y busca
Allá abajo
Las cosas que cayeron perdiéndose
Y aunque uno mire, han caído irremediablemente y se han perdido
Han quedado allí, como la línea, más muertas que exhaustas
Ya nadie podrá saber siquiera si han caído
Y es cierto
Da pena
Pero también la pena cae al suelo.
No hay nada que hacer.

Algunos inconvenientes de mi poesía

Un árbol por ejemplo
o la mitad de mi cara

o ese detalle de decir árbol por ejemplo
la mitad de un árbol
o mi cara un detalle
o mi detalle cara
o por ejemplo decir
por mi la un de
ese detalle de decir mi árbol por la mitad
o un ejemplo por cara
o decir un árbol o
o árbol
o por decir cara decir detalle
mi detalle mi ejemplo
ejemplo de mi ejemplo
o un la mitad por un decir
o decir la mitad de un árbol
un de la cara la ejemplo la detalle
un de la o la
ese un o
por o por por o
por mi o por ese detalle
ese por o
o decir la o
decir la o la un de mi cara
la ese ese la un de
o de ese ejemplo un ese o ese
por un ejemplo la mi un árbol
un por o
por ese por o la o lala mi ese
la mitad de un detalle
por un árbol de mi ese
la detalle por un árbol de mi cara
o la un o por o
o la un o por mi por o
la un o por mi ejemplo por mi árbol por mi cara
o la lami por mi detalle
o la la mi o la mi o
la mi o
o decir la

(Inéditos)

HORACIO LAPUNZINA

(Buenos Aires, 1963, misionero por
adopción, vive en Paraná desde 1990)

Lugar

Yo quiero saber.
Saber si tiene lugar
este hombre remoto
a veces cansado
a quien cada tanto
lo abandonan
las hojas
y los pájaros

y queda como arbolado,
azulmente otoñado
y todo empieza a dolerle
sin lugar.

.....

Tuve una casa
de altos.
por la escalera
mi hermana subía
al miedo
y nosotros a la sombra
después de la bulla nocturna
de cocina.
Había ventanas
de soles como naranjas.
Ruidos de feria y televisión
me vienen
y voces familiares
unidas a calores de brindis
con un Winco.
Y la casa bajó luego
y se hizo más turbia
aunque a veces
va nítida mi hermana
por la escalera
y a mí Batman me rescata
a tiempo

cuando yo no encuentro
ni un solo disfraz
que me salve del olvido.

Yo se que esta luz
no vuelve
que lo que trae se lleva
y que mi puño conspira
entre tanto aire amarillo.
Por eso
muevo las cosas
con permiso.
Advierto lo que se tiñe
y se desvanece
y ese somero color
que viene desde su fondo
es lo único que queda
en este rato unánime
que ya no existe.

Navegación

Resistiendo la gloria
releo a Juan L.
sentado como si fumara
el tabaco más dulce,
y su ceniza es el espacio
conformado en el vacío
en donde el tiempo
es una mano cálida
y la frase un humo celeste
que se va hacia arriba
buscando orillas y márgenes,
chapaleando aguas marrones
sin fronteras:
materia pura,
células inquietas

que encuentran enredaderas
donde la gente
es el vaivén del río,
el barro ñaú,
la piedra cortada
por el golpear del agua
y la vida un cantar
más cierto que esta razón,
más infinito que el futuro,
porque este tiempo
no es más que un capricho
de lo eterno.

.....

Incronías

I-

Quisiera decir
Nada
inventar el verso
del suspiro
y que la palabra se ahueque
para conmemorar la llegada
de sus formas tenues
y de este vulgar y próximo
Silencio.

.....

II-

apenas
esta palabra escrita
un zumbido:
ham- sa / sa-ham
para este instante
traslúcido
en el que por fin
hemos desaparecido.

.....

III-

sin agujas
ni péndulos
suspendido en pulsación

de musgo
detenido en un núcleo
de aire
que es materia ardiendo
hacia el otro lado.

.....

IV-

miles de puntos
y sobreviene la noche
y la sostiene un silencio
tendido
de artesana telaraña:
hilos de sombra
que se pueden atravesar
con escamas,
vuelto hacia el agua primera
que trajo los puntos
para que la noche fuera
su salpicadura.

.....

V-

establecida mi niñez
mi parto súbito
declarado como la piedra

viajando estaciones
entre la piel y el barro

tensando la umbilical cordura
para no SER

y que los minutos aquí establezcan
los agujeros negros posibles
para entrar
en el más exacto de los olvidos.

.....

(Inéditos)

STELLA MARIS PONCE

(Concordia)

Estampa

A mi padre

Una parva de pasto verde y seco
más alta que el hombre
apoyado sobre la pala.

Una vieja pala
marrón como el hombre
heredada como el pasto.

Tres palabras
bajo el cielo de la tarde:
hombre, pasto, pala.

Trueque

Una mujer teje escarpines
con lana nueva de tenues colores.
A cambio
alguien le arregla
sus viejos zapatos marrones.
El mundo camina.

(De: "Motivos")

Botella al mar

Sobre el agua fresca y luminosa del mar de mi infancia
flota una botella con un mensaje invisible.
La carta en blanco fue escrita con un palito y gotas de limón.
Sólo el fuego que alimenta algunos días puede descifrarla.

Vengo del agua.

Yo soy esa botella que el mar empuja.
Traigo un mensaje para el fuego.

(De: Mensaje para el fuego)

Yo vi nacer la luna desde el fondo del río.
Enorme. Amarilla,
La vi asomarse con bordes nítidos y sombras inciertas.
La vi envolverse ella misma con un manto sepia
y vi a la noche extenderse más allá del límite
para contenerla.

Luna. A la una y a las dos y a las tres...

Ya sube, pierde peso, se vuelve blanca.
Levita sobre el río la luna llena.
El agua se llena de luna.
Abre su lecho el río.
Se recuesta la luna.
Esparce su luz sobre las piedras
y se hace espuma.

Un peine sobre la mesa de mármol

Un peine.
El peine de cada mañana.
El peine que yace sobre la mesada fría del baño.
Pelos entre los dientes del peine.
Delgadas hebras castañas que se funden en el marrón de carey.
Entrelazadas, enmarañadas recorren un improvisado laberinto.
Partes de mí en ese peine quieto
apoyado al descuido
sobre el borde de la mesa blanca.

Me peino con las manos.
Mis dedos son de carey
y viajan desde la raíz hasta la punta
como quien atraviesa absorto un camino conocido
en busca de alguna respuesta.

El pelo cae sobre mis hombros.

Cae sobre mí.
Llueve sobre mí. Sobre mis párpados. Sobre mis pestañas.
Y permanece con la indiferencia
que sólo puede experimentar
una parte unida al todo
por una extraña e íntima conformidad.
Una parte habituada a la pertenencia,
a la docilidad de la pertenencia.

Acaso no tengamos conciencia del pelo
como no saben las aves de sus plumas.

La levedad de un pelo sobre la piel.
Con una nitidez de escamas superpuestas.
Con el brillo que da a la mansedumbre
el movimiento incipiente.

(Un anhelo de viento
entre las relucientes crines.)

Sale de mi
una parte
y cae
como una hoja
habituada al viaje
de las estaciones.

(Otoño: reunión de las partes
dispersas sobre la tierra.)

Cabellos sobre mi espalda húmeda
tan ajenos al espejo
donde duplican su intimidad.

Y el peine. ese peine marrón de carey
con puntas indecisas
sobre la mesa de mármol blanco con grietas
para recordarme
que algo de mí
anda solo por ahí
perdiéndose.

(De: "*Aire de blues*")

(de: "*Rituales de la noche*", Ediciones Ríos al mar, 2002)

Juaneleana

diríase un estanque
en el que cada molécula de agua
cayera con su música ínfima
en el pentagrama de la luz

un estanque
con minúsculos destellos verdes
cargado de hojas diminutas
de figuras rítmicas

una melodía profunda
extraña
que se interna
en las grietas del aire
y no se sabe
desde cuándo
o desde dónde
por su inabarcable pasividad

o tal vez
el agua de un pozo
el cielo de las cinco
con esa insistencia tan celeste
con un acecho de sombras
en la luz blanca

(Inédito)

DANIEL DURAND

(Concordia, 1964-
Reside en Buenos Aires, desde 1983)

Vieja del agua

Destornillador tornillo música y un pececito
nadando bajo el agua, visto a través de antiparras,
por arriba pasa la corriente, el pececito, vieja del agua,
nada en un remanso redondo,
un hoyo basáltico, por arriba pasa la correntada
que viene así cristalina del Brasil de hace dos meses.

Escucho el ruido de los chorros, el agua cae constante
en el tanque redondo que hay arriba del techo,
veo a la vieja nadar adentro del hoyo,
prenderse a los musgos y chuparlos,
la correntada me resbala por el cuerpo,
me infla la maya, millones de globos blancos
salen de abajo de las piedras:
aire que embucha la cascada y acá abajo revienta,
busca salir desesperadamente para arriba,
abro las orejas abajo del agua y escucho
el martillazo acuático de dos piedras que se tocan.

Palito Pusterla viene y me arranca del fondo de los pelos,
no ves que todos te andan buscando,
y como voy a ver si estoy abajo del agua
viendo como la vieja del agua chupa barro del fondo.

Pasa el helicóptero de prefectura
mostrando toda la zona de floración basáltica,
abajo del helicóptero el agua pasa,
desde arriba no se ve que el agua es correntada
adentro de la correntada los dorados cruzan
remontando la corriente; abajo casi en el fondo, estoy
viendo como la vieja del agua chupa barro del fondo
con su ventosa redonda y bigotuda.

Viene Palito y me dice sacándome la antiparra
no ves boludo que todos te están buscando,

llora mi madre,
del miedo que tuvo y de la rabia que tiene,
mi hermana llora porque llora mi madre,
el perro ladra porque llora mi hermana,

los pájaros se vuelan porque ladra el perro,
los hijos de Pusterlale tiran piedras a los pájaros,
una piedra cae al agua y la vieja se espanta,
se muda de comedero.

Teo rema,
pasa en una chalana por la superficie del agua,
va a pescar a los arenales de la Isla de los Lobos,
yo miro a la vieja del agua, está chupando unas babas
que envuelven una piedra marrón,
apenas coletea para que el agua no la saque del lugar,
succiona, me prendo con las manos a las piedras de abajo
y avanzo por el fondo en contra de la corriente,
después saco la cabeza más adelante y la gente se impacta,
cómo puede ser que el agua no lo arrastre y le gane a la corriente,
será el mismo, se preguntan, pero hago trampa, avanzo por el fondo
agarrándome con las manos a las salientes de las piedras,
los turistas vienen de visita a ver la correntada,
es muy fácil ilusionarlos,
engañados los turistas, como un lector.

La vieja del agua se fue dos días y después apareció
en el mismo redondel de piedra del fondo, anda un poco más rápido;
en el chorro más hondo hay anzuelos, torcedores y piedras luminosas.

El agua es energía dice uno que explica
porqué es que todo esto va a desaparecer.

miro a la vieja chupar y arriba llueve, me paro de un salto,
me bajo las antiparras, vino de golpe un viento fuerte, vuela arena,
me da frío y me hundo en el agua caliente,
el mundo de la vieja no cambia con el viento,
me asomo apenas a la superficie, pongo media antiparra
fuera del agua, veo el temporal que tienen los que están afuera,
mi madre corre atrás de una conservadora de tergopol,
a la Tálerman se le vuela la carpa,
los que vinieron a pasar la tarde corren a los autos,
algunas gotas revientan en mi cabeza y me quedan picando,
me hundo en el agua caliente
y me prendo a la piedra del fondo.

(De: "Vieja del agua", Ediciones del Diego, Bs.As, 2000))

Luz y oscuridad

Llego, entro, prendo la luz de la cocina
y sorprendo a las hormigas coloradas
puliendo los platos y cargando
todos los restos de comida.

No me molestan, pero mentalmente
las advierto sobre la superpoblación:
hasta ahora el ecosistema se mantiene.
Sin embargo, si consigo trabajo,
comeré más, vendrán amigos y mujeres,
habrá más restos, ustedes crecerán
y tendré que echar insecticida.
Solo esta pobreza puede mantenernos
delicadamente unidos.

Malabarismo

Bajó el sol, salgo a la sombra del patio
para hacer malabares. Tiro
las bolas bien alto y
al levantar la vista veo
el cielo todavía soleado.
Dentro de unos días se morirá mi madre.
Unas cuantas golondrinas
vuelan a media altura
entre la casa y el cielo,
se pelean con chirridos
y se alimentan de insectos invisibles.

Caminando en el viento de Boedo

Todos los días al volver a casa
desde el trabajo gasto el dinero
que no tengo comprando libros inútiles.
Todos los días vuelvo borracho
desde el centro. La historia recuerda
pocos hombres que, así, hayan llegado
a los ochenta. Miro las membranas metálicas
de los techos destellar bajo la luna, escucho
los largos maullidos de los gatos reunidos
en terrazas. Grito bajo el viento del barrio,

ante la oscuridad y las horas que pasan,
y me pregunto por qué, los hombres,
sólo pensamos en las cosas que nos atormentan.

(de "Ruta de la Inversión", Ed. Gog y Magog, Bs.As., 2007)

Verano

Oscurece. nubarrones bruscos se han detenido en el sur, no tan alto, sobre la cúpula de la iglesia, sobre la luz roja de la torre más alta; hacia el oeste nubes incandescentes se retuercen exprimiendo el último gas del fulgor solar. El cielo bajo del oeste por donde se hunde la tarde es una franja celestísima de suavidad y esplendor. Un helicóptero recorre la línea costera, lleva una luz blanca fija y otra roja parpadeante; sobre la casa, un murciélago derrapa gira baja sube y obtiene los primeros datos de la noche fresca; los ventiletas de las escaleras de un edificio se encienden de golpe y a los dos minutos de pronto todos se vuelven a apagar.

El esfuerzo unido de todas las luces de las avenidas del sur produce una reverberación palidesciente que se eleva desde el suelo, montañas amarillas detrás de las torres de la cárcel y de los pocos edificios altos que penetran el cielo.

Aviones silenciosos se desplazan en dirección a Ezeiza y en el fondo comienzan a doblar, luego los tapa una nueva torre sin terminar, aún oscura por las noches; los más pequeños que van hacia aeroparque cruzan de sur a norte y pasan descendentes por encima de la casa: sus luces pestañean y segundos detrás del aparato pasa también el ruido.

Ahora el cielo se quedó sin nubes, las encendidas del oeste se licuaron en la oscuridad y las grises del sur han ido virando hasta que el poder de las estrellas las empujó fuera de la noche,

eeaaa!!! una estrella fugaz casi invisible abre el pelaje negro de la oscuridad, pero nadie ha visto nada, no se escuchan comentarios. Una insondable cerrazón se estancó en los fondos del sur, ahora se halla inmóvil, un olor mezclado y seco llega de ese telón grisáceo, para detectar los nueve cielos con sus nueve cualidades esfumantes hay que pasarse días mirando, de lo contrario solamente puede verse el gris final contra las casas del horizonte, el negrísimo del mismo centro y los azules que unen los extremos, lagos de manchas, afloraciones basálticas que hieren la vista con sus salientes filosas. Llovió.

El temporal de anoche no dejó rastros ni en el cielo ni en la tierra, solo dentro de la casa unas aureolas de resaca en el piso marcan el lugar donde hubo charcos o vertientes que traspasaron los techos y surcaron las paredes; el aire sí, es una brisa tranquila

que barre el espacio luego de la lluvia, los árboles humedecidos brillan verdosos, un trapo volado, endurecido en la posición contorsionada en que lo dejó la mojadura y el viento, pero nada más.

Agrias humaredas de goma quemada se levantan y se astillan entre rachas intermitentes de viento malo, enfermante; madera de cajones y bolsas indestructibles de plástico con restos de agua amarillenta se retuercen en las fogatas; el color del cielo en cambio esconde sus objetos y todo lo recubre con un celeste que palidece hacia los cuatro horizontes. La flor blanca con gruesas venas moradas de un cactus abierta latió rabiosa, dos noches y volvió a cerrarse, ennegreció; pero un reconcentrado violáceo oscurísimo aún llamea en el cogollo junto a las primeras espinas de la planta. La claridad de esta mañana deposita un dulzor de sospecha en los despertantes, no saben si son los mismos de ayer, tratan de no moverse por temor a quebrarse, las nubes flotan al sol, agrupadas en rebaño, pasan por el corredor del sur, y otras pequeñas muy transparentes, a punto del desvarío se imantan hacia el centro de la bóveda, y al toque se desvanecen.

La tarde enardece, el blanco dominante de las nubes torna ahora en borbotones de gris que las carcomen y empujan hacia el oeste, para dar el espectáculo aún incierto al final de esta hiperclaridad congelante.

El sangriento atardecer ha pasado inadvertido, pero todavía quedan, antes de la noche, largos trazos débiles de marrón en los escenarios montados en el sur, una sola estrella ha comenzado a vibrar pequeña encima de la ruta de los lienzos terrosos, otra emerge aún más pálida, y otra más allá abajo, comienzan a competir con las luces de las ventanas de los edificios que también se encienden, sin ritmo pero musicalmente.

La calma del día continua, salvo por ráfagas de viento que cada tanto balancean las plantas de las terrazas y hacen vibrar apenas a los árboles grandes de la avenida. La luna, con un borde apenas refileado, brilla a medio camino del centro del cielo, intensifica el yodo raro de una nube gruesa que se acerca, veloz, empujada por el aire del río, ostentando un cobrizo intenso que se revuelve dentro de sí. En el norte nada, una estrella empieza a estar, el cielo es más húmedo y azul, un pino está por la mitad de su completa oscuridad. En el oeste trazos marrones rojos se disgregan en granos, otras estrellas aparecen en el centro del cielo, junto a unas nubes obesas desencajadas blanquísimas que ríen ante todos antes de partir.

Noche. bajo un techo de cielo negro, una fronda blanca cenizosa inmóvil de brumosas nubes, más abajo, por el corredor diagonal trasero, pequeñas nubes redondeadas, en fila navegan ligeras hacia el noroeste, cinchadas por un helicóptero de prefectura. La luna ya casi llega al tope, agujereando la fronda nubosa, como un soplete que derrite hielo. Pasó la zozobra del cambio de luz, se ha quebrado el hechizo de quietud que sujetó este día con finos cabellos a un misterio. Pintura mala se resquebraja en el cielo bajo del este, cautivantes, los tres haces elípticos de una disco giran impactando en nubes neblinosas, orbitando monótonas toda la noche, como atrayentes aves de amor mecánico

que se alejan realizando su búsqueda circular para juntarse luego en un solo punto justo encima de un local de apareamiento: la bailanta.

Día de sol puro y cielo continuo sin detalles.

Otra vez noche de viento; estaños plomos y escombros. la marejada de nubes se infla y desinfla con los ventarrones que revolotean bajo y no se alejan del barrio. Cinco... seis mares sueltos reprocesan toda su masa blanquecina. Una nube larga cambia su piel lustrosa de cal por otra más brillante de agujeros azules y puntos negruzcos luminosos. Una gran grieta se abre justo arriba en la bóveda y comienza a existir el cielo, vértigo... la ciudad rota sobre si misma, la grieta va volcándose hacia el hundiente apenas tibio, fosforece una palidez barrosa. El viento se ha llevado los ruidos a otra parte, calma que acerca dos sonidos muy claros: el zumbido lejano de una cupé que irá mordiendo el brazo gris y arqueado de la autopista, y una risa corta muy cercana intercalada entre choques de cubiertos.

(de "El cielo de Boedo", Gog y Magog, 2004)

DAMIAN RIOS

(Concepción del Uruguay, 1969 –
Reside en Buenos Aires desde 1991)

EL PERRO DEL POEMA

I

Yo era capaz de empezar el reparto
por el medio
arrancar para atrás
después irme hasta la mitad
de la mitad
arrancar de nuevo

y así.

El ruido de la cadena
me acomodaba los pensamientos

despacio
iban subiendo
pero yo ponía grasa en la cadena
para que de abajo viniera
nada más
un olor grueso.

Después de tomar mate con la Tía
miraba “El País a las 8”
pero ya eran casi las nueve
me parecía clarísimo que el conductor
se encamaba con la del pronóstico del tiempo
que el comentarista de cine
era trolo que el otro también.

A veces garuaba en Bs.As.
eso estaba bueno: la cámara
mostraba una gota
que rompía en un charco el reflejo
de un semáforo en rojo
un segundo
después el charco sin arrugas
estaba en verde
caía otra
rompía de nuevo
venían los anunciantes

pero entonces ya estaba soñando: todavía

éramos chicos
nos juntábamos a la nohecita
esperábamos que empiece la repetidora.

VII

Los más chicos
pareciéndose a los más grandes, cada
vez más parecidos a los viejos, de adentro
para afuera y el Dalmiro, el perro
ciego se acerca moviendo la cola.

Perros, en todas las cuadras
se atravesaban perros
grandes chicos chotos
casi siempre iguales a los dueños
en otras palabras
policías
palabras atravesadas, palabras
que no te dejan en paz
papá tenía una casa y una mujer
pero perdió la mujer
(no se banca la primera persona)

una semana entera lo vio
pasar por la casa de la tía
camino del hospital
del hospital
los ojos rojos

uno más que sabía que estaba perdiendo
su reparto
y aguantó bien de todos modos o maneras
o formas
eso dijeron los primos mayores
los tíos los cuñados
fulminante
así dicen
una enfermedad que empieza
con la letra ele, la lengua
de la muerte
le hizo desarmar la casa
desparramar las chapas las puertas
regalarlas
dejar al hijo con la tía

alejarse del barrio
para olfatear
las meadas

de otras perras.

X

Un hombre deja la bicicleta
apoyada al lado
de la bomba en desuso
después mira su ropa, sus manos
se dice mi madre me puso un nombre
recuerda que de ese pozo
antes
brotaba agua
llenaba baldes
para regar las plantas
la parra que ahora está seca.

Se dice voy a entrar
y no entra
es mejor quedarse ahí
esperar que pase alguien del barrio
y que al reconocerlo pierda un minuto
preguntando si hay alguna novedad.

No hay novedades: hace años
me llaman por una palabra que mi madre
pensó para mí

ahora toda la familia envejece
de golpe atrás de la puerta
esperan que alguna de las mujeres
salga de la pieza donde la vieja
se muere

cada vez se entiende menos.

IX

La noche respira despacio
apago la luz:
las letras del poema
flotan
y brillan
en el espacio negro
y desde el fondo
un cordón tira
y domina
mis movimientos
quiero decir

me duele la cabeza
tengo frío
estoy
al borde
de una
idea
(no sabría decir lo que es una idea)

la noche respira
despacio
el giro del plato
el ruido
de la cadena
el mapa
mental de un reparto

de acá a veinte años
será bueno oír
respirar
una idea
o algo así
adentro de esta noche.

Prendo la luz:
leve
en la pared blanca
la sombra del humo del cigarrillo.

(De: La Pasión del novelista, Ediciones del Diego, 1998)

Soplo

El José y el taco cruzaban la calle
en bajada azotados por el sol.
Acribillados por monedones
de luz, a la sombra de la parra,
con la humedad que se desparramaba
desde abajo de la pileta y
la muerte que ya jadeaba
entre nosotros -yo en tu falda-,
los mirábamos pasar.

Ahora la gata se sube despacio con un solo
movimiento a la mesa de vidrio.

Se queda quieta y empieza a masticar.
Tengo la piel de las manos arrugada después
de haber cortado la lechuga y el tomate,
rallado la zanahoria, lavado
y secado mis manos con un repasador.

De a ratos se cruza flameando
el trapo de la otra historia,
la que estoy aprendiendo a escribir
y que me dejó con los bolsillos
llenos de plata vieja y papeles mojados.

Afuera, todas las lámparas están encendidas,
cada una con su sombra encima.
Los patrulleros azules planean
sobre las avenidas naranjas.
Vengan todos y vean
las gotas de rocío que resbalan suaves
por las pendientes de los aleros.
La gata mira su reflejo en el vidrio de la mesa
y después me mira a mí. No va a llover, habrá que aguantar
esta cerrazón que apenas humedece las baldosas
flamantes del pasillo y desacomoda los huesos de los viejos.

Me arrimo a la pantalla y te nombro:
estás en la palma de mi mano ahora,
te paso a la otra mano con mucho cuidado,
y te soplo o quiero despeinarte, respirás.
De nuevo la novela de visitarte bajo la parra,
abrigados del solazo, del ripio de aquella tarde.
La conversación se atrasa entre viajes a la pileta para meter
la cabeza abajo de la canilla. Dan ganas de que sea
una mañana de invierno, la helada blanqueando
los pastos, hombres haciendo sonar las cadenas de las
bicicletas mientras encaran despacio cuesta arriba, las manos
enguantadas apretando los manubrios. Pero es verano
y el calor de la siesta embrutece, apena. Tenés un pañuelo,
un trapo con el que secás tu frente a cada rato.
Hay platos sin lavar y la ropa colgada gotea.
Olor a que ya comimos hace un rato.
No vamos a decirnos nada. Ahora acerco
la mano y soplo para quedarme solo de nuevo.

(De "Como un zumbido" – Inédito)

FERNANDO CALLERO

(Concordia, 1971, reside en Santa Fe desde 1990)

Al rayo del sol

Las mañanas
Las antenas
Los
añosos eucaliptos

Se ve toda la playa desierta y sucia, con la arena clara endurecida y mezclada con gris, como si le hubieran soplado ceniza, las sombrillas de palo, con sus graciosos bonetes de paja cosida y un mechón castaño, suelto, y al voleo. El mangrullo de los bañeros, otros palos grises enterrados sin sentido preciso alrededor, como un palacio vegetal abandonado en una isla. Los otros mástiles son caños en L que sostienen los alógenos, pintados de rojo, y aparecen detrás de la escalera de cemento amarillo municipal.

Un poco más acá, más postes amarillos y bien enfrente, justo donde el río hace la curva, una cancha de fútbol con arcos también de palo, apoyada en uno de ellos la bici roja del pescador.

Domina la cancha una torre de alta tensión, parecida a cualquiera de nosotros, sólo que en versión gigante y duro, con dos bracitos cortos, de robot, parece estar levantando un alambrado para que pasen las chicas sin rajarse el bombachudo.

Viene el tren
Se escucha el pito venir de Santa Fe.
Desde el cartódromo un motorcito
le contesta con berridos de ternero.

Vine temprano a hacer reportajes a las garzas del bañado, por eso es que estoy parado al final del terraplén, haciendo equilibrio entre las trochas, que es desde donde mejor se ve todo el terreno anegado donde antes hubieron casitas y ahora pájaros que saltan cada dos por tres como si los descorcharan desde un refugio entre las matas.

Comienza a chasquear la vía como una víbora y al otro lado del río, cruzando el puente de hierro, ya se distingue la luz del frente de la máquina, así que salto.

Decía que vine a hacer reportajes a las garzas blancas y a las vacas locas, ahora que junio campea una mini primavera en este invierno.

Ya está viniendo el tren, y mientras dure su pasar no voy a ver las verticales rasas de la cinacina y de las pajas, incluso el ras cortito de esos patos marrones, las puntitas de las alas amarillas y los picos naranjados.

El último vagón es una chatarra roja, toda arruinada, como a balazos, donde van dos mozos de blanco que me saludan con las manos en alto.

Vuelvo a ver las vacas y los patos, la cinacina y la paja y ese ojo de agua como de mercurio meado.
El bañado.

Esta es la viga del presente

Por el terraplén viene el viejo ese, loco,
que pelea con el perro
Se sienta en una piedra y empieza
a enterrarse la mano tembleque
con arena.

Los arcos de las garzas
son parapentes de gasa
remontando atrás de él.

Se incrementan las chapitas
de los píos de los bichos
al traspasar los rieles
grises, de hielo.

Y aparecen estos tres, flacos cazadores de fija y honda,
toda la facha arrebatada, zapatillas coloradas, buzos de tela avión,
briznas de pasto imantadas a la fibra de los cuellos polar.

–Se comen las garzas.

Saltando en los rieles
parecen notas en un pentagrama.

–La otra vez, con los perros,
cazamos una banda.

Rewinnnn

Tres perros de esquina
Dos caballos sueltos
Un perro solo, de puerta,
Otros ladradores, invisibles
Castañuelas.

Hace mucho

La vía
Para allá queda Buenos Aires
Para el otro lado Chajarí y Brasil
Por abajo del puente cruza el arrollo
arrastrando agua lechosa de desagües

del mismo lado,
ahora que son las cuatro
empieza a venir el olor ácido y dulce del pino
y con las rachas calientes de viento
también el ruido de las sierras
del aserradero de Blasco

todos los ranchos desaparecen
al rayo del sol

el río no se ve

Dice el chico del Nebel
que sabe mucho de pájaros

“el hornero sabe caminar como nosotros,
levantando una pata por vez,
el gorrión va como esquiando
con las dos fijas para adelante
pero igual maneja bien

debe ser una cosa nerviosa
yo qué sé”.

Sentados en la chapa marrón del techo
de un galpón que dice
Vote Busti – Cresto
y uno con un ladrillo va y se pone a escribir
“Coger”

Historia del Rock

(Al poeta Daniel Durand)

Cuando era niño
un poco menos que ahora
mi madre me llevó a ver Rafaella Carrá
a la cancha del Club "lobo" Libertad
de Concordia

un rato antes, se peleaba
con papá dentro del auto

porque después de dar un rodeo
a la manzana del club vibrante
iluminado
el viejo volvió a casa
obsesionado

con que estaba lleno de negros,

y ahí nomás dejó el Renault 6 presentado
en la entrada del garaje
y fue justo antes de entrarlo
que empezaron a pelear

Mi vieja dijo: "gurises,
salgan, vamos caminando,"
y ahí nomás tiró el portazo
y se puso a caminar
por Bolivia, cuesta abajo,

mi hermano y yo detrás corriendo
cagados, pero contentos.

Mientras nos acercábamos
al "Lobo", por una calle oscura
temiendo
todo el tiempo
que mi viejo
nos siguiera
con el auto,
haciendo bardo,
el corazón me dio un vuelco
al escuchar los primeros compases
de ese gitazo que fue
Pedro, Pedro, Pedro, Pé

Los envidiosos del barrio,
vale decir, casi todos
nosotros, los del Lezca, la nuevita y compadrona
"clase media", toda hecha de pela gatos,
devenidos propietarios por beneficio del Banco
Hipotecario, decían que la mina no cantaba,
que hacía *play back*
por malicia lo decían, aunque yo creo que también
por la leche de curtir esa palabra nuevita

Otros mal paridos sin reparo

se iban de boca diciendo "ni siquiera
esa gurisa de las giras debe ser la Rafaella"

¡Cualquiera!

Hicimos la cola y volando
nos metimos en el campo yendo a ciegas
entre las filas de sillas, "¿dónde estarán
las nuestras?"

y el escenario, un incendio de luces
sobre el carré más volado que yo hubiera imaginado

los bailarines no sólo bailando
sino también construyendo puentes y escaleras
a la dama, saliéndole al paso
con maletas naranjadas, sin siquiera titubear
ella pisaba y se elevaba ¿todavía más?, como en el
video
inexplicable de ella cantando y bailando sobre un
ala
de un avión gigante de Alitalia

Ya no me acuerdo de nada
más que de haber pensado, cuando lo vi dormido
a mi hermano, en la falda de mamá
"¡qué no va a ser Rafaella!,
otra ya se habría quebrado."

.....

p.d. ¿cómo no llevar clavada
para siempre en el costado
semejante lanza verbal
"He sabido que es peligroso
decir siempre la verdad"
más semejante *Body* colorado?

(Inéditos)

SELVA ALMADA

(Villa Elisa, 1973 –Vivió en Paraná durante años.
Actualmente reside en Buenos Aires.)

1.

Pamela
es la reina
pelo rosa y piel morena.
Sebastián y los otros
 la aman.
Ella y su desdén
adentro del vestido blanco
en el segundo estante
 muestran
las piernas abiertas
 sin agujero.
Sentados todos a la mesa
Pamela sirve té de mentira
en tacitas de plástico
y conduce la charla
 como una dama.

2.

La brasa de un cigarrillo
cae
en un descuido de mamá
quema
el pie derecho de la Flaca.
Yo lloro las otras se ríen
la Flaca llora mamá se aflige
le echa la culpa al gin tonic y
promete tejerle unos zapatitos
 al crochet.
Todos sabemos que no hay solución:
sólo yo querré a la Flaca renga
perderá la corona de princesa
con que Niño Valor la ungiera
dos meses atrás
su carrera de top model
en ascenso
se trunca
sus sueños de bailarina de tap
se rompen
como espejitos.
Mamá le habla a la Flaca:
no es tan tremendo, dice,
una amiga suya, cuenta,

perdió el útero y los ovarios,
a su cuñada
le extirparon un pecho
y sigue enumerando
mutilaciones varias
que asustan a la Flaca
y también a mí
que agradezco
que nunca traiga
sus conocidas a casa.

3.

Sebastián tiene
ojos turquesa y pelo dibujado.
Es un bebé
pero a veces le pongo ropa de hombre
y hacemos que es mi novio.
Cenamos
frente a platitos vacíos
a la luz de las velitas
 que robo en los cumpleaños.
Hablamos poco
él nunca menciona su trabajo.
Le cuento que el Panzón
se fue a vivir a Nueva York
y que escribe seguido,
que Sabrina se fue con mi hermana
de vacaciones a Pinamar.
De postre le sirvo
una rodajita de limón
 que nunca toca
y que termino comiendo yo.
Si ponemos música
me subo a la mesa
 y bailo para él.
Nos reímos bajito
para que mamá no se despierte.
Antes de irme
lo beso en la boca
y él enreda su mano en mi cabello.

(Del libro *Mal de muñecas*, Editorial Carne Argentina, 2003)

Sueltos

1.

Cuando me preguntan dónde trabajo y respondo: en un hospital, invariablemente me preguntan si soy enfermera. Enfermera. No: médica o administrativa.

Mi madre fue empleada doméstica, enfermera y maestra, en ese orden. Tres oficios al servicio de otros. Yo soy escritora. Un oficio que sólo me sirve a mí para no estar tan aburrida todo el tiempo.

No podría ser enfermera. Los males del cuerpo me aterrorizan tanto como la muerte. No tengo la generosidad suficiente para cuidar de otros. Ni la dureza suficiente para realizar un trabajo tan poco saludable.

Mi madre tenía necesidades de todo tipo y quería progresar: dejar de limpiar pisos para limpiar culos puede, a simple vista, no parecer un gran salto. Pero el sueldo era un poco mejor y tenía obra social y aportes jubilatorios. Hizo el curso de enfermería y enseguida entró a trabajar en el Sanatorio Cruz Verde. Era franquera. Los martes trabajaba a la mañana, los miércoles a la tarde, los jueves a la noche, los sábados a la tarde y los domingos iba rotando. Lo más triste era cuando le tocaba el domingo a la tarde. Mi padre se iba a la cancha y mis hermanos y yo nos quedábamos solos en casa. Las horas no pasaban nunca.

2.

A veces siento un silbido en el pecho como si mi caja torácica fuese mi casa de infancia, sin terminar, con techo de zinc, y tuviese otra vez ocho años y escuchase el viento del sur colándose entre las chapas flojas, metiéndose en el dormitorio sin cielorraso. Me tapaba hasta la cabeza con las mantas porque me daba miedo el paso de fantasma del viento dando vueltas en la pieza, una mariposa nocturna esparciendo su veneno de escarcha sobre mí y mis inocentes hermanos que, en el séptimo sueño, dormían con la cara y las fosas nasales descubiertas. Me dormía pensando que al día siguiente los encontraría muertos, con los labios azules y las pestañas mojadas.

En la mañana, el sol brillaba en lo alto del cielo invernal y si encontraba sus camitas vacías creía que mi madre había retirado sus cuerpos para que a mí, ahora su única hija viva, no me matase la impresión.

CLAUDIA SOSA LICHTENWALD

(Paraná, 9 de julio de 1975)

Anatomía de la hormiga y la hoja

Sobre una hormiga negra
va la hierba que sangra.

La sabia hormiga de quitina
cortó las nervaduras de un solo mordisco.

Debía hacerlo, pensó.
Y rápido para que no sufra.

La hoja de la hierba
sintió la disección como un calambre.

Es sólo un instante, pensó.
Y se dispuso a disfrutar el viaje.

Sobre una hormiga negra
va la hierba que sangra.

La mutación de los huesos

El humo sirviente del fuego
hace de los huesos una hebra gris.

Desde la cáscara de la nuez
–finísima–
la tucura vuela
hacia mis dedos.

Despierto
gris, hebra, huesos.
Juego el misterio del espejo:
soy tucura.

Hidra

La humedad tropieza el hastío,
la hiedra helada sube
por el tapial y la vaca
indiferente
—con las patas en el agua—
come mariposas blancas.

Las cosquillas en el estómago
rumiante vaticinan el
hambre de la no-tierra.

Se pudren las alas
y crecen branquias.

Sobre el temblor del minotauro

La razón gotea
sobre la luz intermitente
de la caverna.

Los guardianes del pez rojo
con el látigo defienden
la edad de los silencios.

En la jaula de la historia
un toro fabrica polvo con los pies
sobre el temblor del minotauro.

Desierto

Desde el aliento de las Bocas,
respira pezuñas partidas por la sequía
el toro viejo.

Camina y trafica semillas,
trasplanta pensamientos.

Tres preguntas para una respuesta solitaria

¿Acaso ya no hay abejorros ni escarabajos?

¿Dónde brillan los bichitos de luz?

¿La madurez impide ver caracoles y bichos bolita?

Aún así, las babosas mastican las hojas de una planta de albahaca.

Crisálida

La áspera cáscara corrompe la epidermis
de un cuerpo inflamado y fofo.

La papada, los granos y el pelo graso
invitan al tacto de otro a evadirse solo.

¿No ves que la belleza sólo es posible después de la
fealdad?

Seré un gusano plomizo antes de convertirme en mariposa
ligera.

Cangrejo

Etéreo y apurado
deja que lo expriman
entre tenazas esculpidas.

Se ahoga,
se encierra,
se aparea.

Entretanto, un blues
—de Ellington—
suena a lo lejos.

Libelo

A los pies de un hombre la mujer liba:
el libatorio de las libaciones,
el libamen del libamiento,
el libelar del libelista.
¡Oh! Libélula libertina.

Eclipse de la flor del árbol

Atrapados en lila-celeste
van los pechos
sin congoja
de los amantes.

Agradecido llora
el jacarandá que contempla
a un niño fugaz-recolector
de semillas.

Se oscurece
el árbol
cuando la sombra
de un amor pasa.

Levitan
las hojas
que no se atreven
a tocar el suelo.

Fulgores marinos

1
Marzo durante
una estrella
guiña un ojo
y promete amor
antes de caer.

2
Las pupilas
azabaches espejan:
un mar de besos,
gélidos peces en
rejas diamantinas.

3

Las merluzas sin sartén
susurrantes
anuncian
que las caracolas
envidian la perenne fragancia.

4

Contempla el poeta
la noche marina
y los ojos cierra
cuando el velador
–faro intermitente de los sueños–
apaga.

La anábasis frente al espejo

(El reptil pide asueto
del otro lado del ropero).
La maraña de dudas
escondida en cada
habitación de la casa,
añora el debajo
de la alfombra.
Bajo la lupa el estupor
predice pasos y caminos
de polvo circular.
Lejos del barullo
en el ruido y la mudez del espanto
una serpiente pierde la piel.
Y el cinto,
y la cartera,
y las botas
–símil–
evocan la metamorfosis.

(de: Sobre el temor del minotauro-Inédito)

MARIA DELOS ANGELES BALLA

(Paraná -1974)

Al pan pan

alterando la intachable delicadeza
de las letras y el lector
belleza sale a bocanadas y dispara
el límite del renglón sobre la hoja

sobresalientes recitemos algún
versito de memoria
coloquemos asteriscos y una cinta
en los dedos para no olvidar

imaginemos que el poema canta nos
desnuda baila
apostemos al color así podremos
leerlas como son
claras y crudas por encima de
nosotros
las palabras
por debajo tocamos el fondo de la
memoria
no podremos saber jamás si las
hubiésemos
conjugado de otra forma el posible
resultado

¡un reloj de arena nos hace de
árbitro!
antes que lleguemos al pie de
página
y no sepamos por qué tenemos una
cinta de raso en nuestros dedos.

Equipaje

el delantal que alguna vez fue
blanco
todavía enseña
después se asusta cuando calco
palabras
o recito algún versito inteligente
de los que usan para olvidar

mientras:

arreo miradas
nobles gestos
de hombres con camisas de cartón
que no pueden ver más allá del
equipaje
y sonrío

los papeles sueltos traen nombres
para nombrarme
no entienden cómo el mar causa
estragos
en la dotación de letras que un día
alguien me prestó
y preguntan el porqué de las
sentencias

Viaje del vecino en bicicleta

camisa blanca guerrera con
pantalón marrón de gabardina
impecable con dos rayas que la
mujer planchó de mañana
dos broches robados de la sogá de
la vieja en los tobillos
un llavero en el bolsillo recuerda:
volver alegre

se escuchan ladridos como
bienvenida por las calles de
Concordia

un saltito parece que es fácil saltito y
da vuelta
todo eso sin tocar el piso mientras
recorre el espínel

es – pec – ta –
 cu – la - res
sus caídas único punto de
apoyo ¿sabrá qué es un ave fénix?
lástima que la horquilla no sea doble
controla su pulso el camino es el
mismo cada día
marca una pequeña diferencia cómo
disfruta del paisaje

la playa de Cambá Paso espera
enfrente: un hipódromo con luces en

días de tormenta
no le gustan las carreras de caballos
ahí es donde apuestan idiotas
prefiere sol aunque se curta el lomo

ajusta los pedales y sigue un saltito
otro saltito
alcanza una esquina los autos van
rápido y frena
le dio sed tanto camino
hay agua en una botellita verde que
lleva escondida en el cuadro
y sin querer lee iniciales de un
amor: M A B
piensa qué pena su apellido no haya
sido Ramírez
así se leía mar y nadie se daba
cuenta

Arenas

de punta a punta desnudos
sin detener la marcha
cuando los rostros se nos
desdibujaban
ante la mágica mitigación de las
espinas

no queríamos que la huella de barro
nos abandonara
por el sensible miedo a ser felices
nadie nos enseñó estas palabras
no podíamos pronunciarlas
tristes entonces las enterramos a la
sombra
para que crecieran
con la esperanza de poder
entenderlas algún día

más tarde y boca arriba por la
correntada del río
simulábamos indiferentes el
desequilibrio del agua
volvíamos para amar la ausencia
y anhelábamos el sol de las arenas

La danza de la flecha y otras yerbas

un paisaje plagado de cemento
balcón que tiene por el mango
sartén en tu ventana

con el pasaporte vencido intento
hacer cola
y comprar un pasaje hasta tu casa

la rubia pide pista morocho:
cansada de hacer dedo a los
aviones

*(De: "Naranja Ombligo" - Ediciones de la
Intemperie - 2007)*

MARTÍN CARLOMAGNO

(Concepción del Uruguay, 1978-

Reside en Paraná)

*Tibio es el resplandor de lo olvidado
Breve su letra en la intemperie.*

Poema cuatro por cuatro en la guantera del remisero

A Marcelo Leites y a Martín Guerra

I
El remisero ve caer la tarde
sin el rumor de las bocinas.
Acaricia el volante. Piensa.
El mundo ha pasado por su auto
y ahora no sabe qué decir.
En la guantera guarda una estrella
y sigue enmudecido.

II
Su noche fue un oficio
donde perdió la luz y está jodido.
El remisero
se ve reflejado en el sueño
de la ruta que no logra alcanzar.
Y ahora piensa que esas cosas
lo hacen más hombre.
Pierde los días y las noches
recordando su infancia sin espacio.
Escucha la música
ascender y descender desde los edificios.
Quién sino él para enumerar la tristeza de las calles
En la guantera guarda una estrella
y sigue enmudecido.

III
Se mira en los espejos y nadie le contesta.
Existe.
Eso lo dice por un juego. Por el recuerdo del abuelo
que lo hace bailar en el reflejo de los arroyos.
Existe, se dice y vuelve a guardar su estrella en la guantera.

IV
Otra vez esa sombra sobre su mano izquierda.
Ese temblor ajeno es de él sin saberlo.

El remisero va encima de los colectivos.
No puede verlos. Tiembla otra vez y vuelve a pensar.
Me verá el abuelo o seré un sueño
La estrella se le escapa.
En la guantera quedan dos cartas.

Introducción a la memoria

A la memoria de Pipo (mi abuelo)

De carga en carga va.
Lustrando atardeceres pierde el día.
Nadie ha visto su boina
torcida por un rayo, dando lo que no tuvo.

Su corazón es un galpón
donde la siesta pasa y pasan carros
y el trigo se descuelga de su espalda
y nadie quiere verlo.

Es demasiado abrirse al horizonte,
dejar la mano en el temblor y cerrar los pulmones.
Romper con la costumbre
de estar siempre esperando.
Él lo sabía, por eso es que lo nombro.
Ahora: los álamos vuelven sobre sus ojos
y sé que está más lejos. Allá en el campo.

(De *Lo que no fue es resplandor*, Tráfico de arte, Paraná, 2005)

Última carta que viaja en un diván

(A Marta Zamarripa)

Qué lindo esto de caminar de la mano por la noche
y escuchar las campanas
y sentirnos cercanos,
cuando vos me decías:
“che negro dejate de joder”
Entonces, sentía que tu mano
era capaz de arrearme por el mundo,
de llevarme más lejos de lo que pensaba.
Y el whisky nos cercaba con su abrazo infinito.
Y otra vez te volvía a preguntar
las mismas cosas.

¿Es cierto que lo viste?
Contame otra cosita no me quiero dormir.
De golpe por las calles resurgían las garzas
y yo seguía en la mía, y vos:
/” ¿viste qué tango?”
y yo no daba más de tanta soledad.
Pero no decía nada.
Para qué preocuparte.
Estábamos tan juntos esa noche
y vos tan agitada,
me hablabas de otro tiempo
y yo fingía escucharte,
para que no te enojés.
Entonces, otra vez sentía que tu mano me llevaba.
Qué bueno esto de vernos,
de sabernos tan cerca.
Tal vez, sea la última vez que caminemos juntos,
hablando en el dialecto de los desamparados.
Pero no puedo pensar en otra cosa, ya no nos queda tiempo.
Entonces, vos me hablabas de Madariaga
y yo me volvía loco en su “*Iluvizna*” eterna,
que era también la tuya. Cuando vos me orientabas
y un radar encendido nos decía:
/“*es hora de volver*”
y un concierto de “*Solos*” nos dictaba el camino.
Qué bueno esto de vernos,
de ser más que una estrella.
y vos dale negrito:
“peinate a la gomina y ponete corbata”
“dale no te hagas el croto, ya no te queda filo”
Y las calles, las calles con sus luces.
Pero los dos sabemos en el fondo
que esta ciudad no es nuestra, que no nos pertenece
y sólo es un juego habernos conocido,
leyendo en el verano de las islas tan solas.
Y que el remo no vuelve, como no vuelven
“*los espejos abolidos*”.
Sería hermoso cantar los dos el mismo canto,
pero estamos tan viejos
si hasta la San Miguel parece desdecirnos
y vos dale que dale,
creyendo que es posible
alterar a los Dioses.
Ya nadie nos escucha y es de noche
y el whisky nos desprecia
en su elegía de oro.
Y todo es tan lejano
como la voz del Flaco Zitarrosa entonando milongas.
Ya sé, no me lo digas
me faltan más recursos,

pero también mi nombre
es otra causa tuya,
y quiero caminar más tiempo de tu lado,
y que me digas:
"che dejate de joder viví la vida loco".
Qué bueno esto de vernos
pero no tan seguido.
Mirá cómo te aguardan las luciérnagas
y el poema de Tejada nos deja sin palabras.
Y la tristeza me lleva por tus ríos,
ríos que fueron dos,
pero se vuelven uno en nuestras manos.
Che loca ya no nos queda tiempo.
Dejemos que el olvido
se ocupe de nosotros.

(De: *Isla que mira hacia un diván* –Ediciones del Clé, Cuadernos del señalero, 2006)

Apuntes sobre el cielo de abril

(Un poema extractado de la serie)

VI

Dar el aire suficiente a las ramas
como para encender abril.

Y que en la sucesión de las orillas
todo regrese para apuntar
que la infancia sigue siendo un tratado
inexplorado aún.

Nos queda recuperar el horizonte,
dar algo más que enlaces vegetales.

Contraer la mirada hacia el cielo.

Cielo a todo o nada.

Pero cielo al fin.

Apuntes sobre el campo de abril

Cierro los ojos y dejo que el color se apodere de mi.

Un tordillo remonta el aire y da galope al cielo.

Retengo la mirada y vuelvo a preguntarte las mismas cosas,
la tierra se abre sobre tus surcos, la tierra se cierra bajo tu cuerpo.

Retengo algo que no llega.

Que no se atreve a los árboles.

Al vértigo sigue la inmovilidad.

Y de la inmovilidad al vértigo no hay más que un minuto.
Sesenta segundos de vacío.
Sesenta pulsaciones al brote de tus brotes.

Cierro los ojos y mis manos fuerzan el candado, quieren abrirse a la inmensidad y no dar más desdicha a los troperos.
Cierro los ojos como quien busca internarse en sí mismo, sabiendo que no hay respuestas. Silencio. Escena que en tu voz parece perdurar y perturbar al mismo tiempo. Retengo la memoria de los corrales, las siestas son al fin un eterno almacén en donde habitan los muertos.

Cierro el cuaderno
y el horizonte cae.
Cierro los ojos
y el cielo cae, sólo falta un retrato y el perfil de tu cuerpo.

(De: *Apuntes sobre el cielo de abril*, Tráfico de arte, 2007)

LEONARDO KÖSTNER
(Paraná, 1979)

Qué es el infierno

A quien corresponda

“Qué es el infierno?”

preguntó el gigante al niño, que le respondió:

“Es el cielo, sustentado por la fuerza de tus
piernas...”

Intentan no morir

Mi otra mitad
atravesada
por la cola de una raya,
por el relámpago subfluvial
que huye
un rumbo incierto
hondura de arena y barro
dejan caer en el camino
fotos
carnada desteñida
ebrias
inercia y agua
suben
ingenuas hacia la superficie
tocadas a veces por dedos dorados
al azar eligen,
aquí y allá,
memorias
intentan
todavía no morir.

Donde el cielo

A Yamil

Para quien comprende
el sentido de la orilla,
donde el agua y la tierra
se funden a lo largo
de un inquieto cielo
y se invaden mutuamente
en actitud de generosa renuncia

para que podamos recorrerla
encontrándonos en un universo
de fósiles y arena
donde cada piedra conserva
en su piel humana
el último adiós del mar.

Desde las orillas internas,
donde el cielo es camino y no meta.

El ojo nace tras la corteza

2004

Canta el álamo
de cuando le fastidia el viento,
trino que se despliega
en la fauce del hornero.

El ojo nace
tras la corteza,
tras la corteza
aguarda el grito
del viento detenido.

Manto invisible
burlador del tiempo
lejanía párpado
profundo del cielo.

Canto mudo en la tierra
plegaria del infinito
bajo el arado del silencio
el anhelo se nutre de lo quieto.
Y germina
en la corteza del viento llano,
lomada en teta y resolana
agua dulce de tu saliva
soy llovizna luminosa de hierbas...

Tu mano impregna de savia
...ya tengo raíces en el cielo...

y me sepulto en el orgasmo frágil
de la corola ardiente
transfigurado.

Y la sombra se reclina
más allá del agua
sábana de crepúsculo.
Desborda la sustancia del tiempo.

Hombres. Pájaros y Muros en el camino

05/02/01 22.57 horas

Allá lejos, un muro,
hombre sobre el cual
yacen los pájaros y la noche.

Allá lejos, el camino,
un ser en quien tal vez
el sol embriona.

Y más acá, arriba, la lluvia,
Sin ella, no podríamos
comenzar de nuevo. Lo sabe.

Allá, en la noche, un muro,
y más acá un hombre,
cuya noche
yace junto a los pájaros.

Y acá y allá, el camino,
por cuya entrepierna
los muros pasan a ser puertas.

Sonrisa electrofónica

A quien corresponda
2005

Te extraño, sonrisa electrofónica,
porque me permitías no escuchar.

Coraza de imanes paganos,
Electrofónica, siempre.

Quiero meterme ahí,
culo de opio,
anestesia visceral
de nuevo
en la punta de aquel sauce
y no bajar jamás...

¡Ah, guarda con los enchufes!

(De: "La quietud de las cosas", Tráfico de arte, 2006)

Zurcan acequias mi rostro

Surcan acequias mi rostro
goteras y eternas
misteriosas grietas
puertas
 que tapo con manos
siempre perforadas.

Inédito -24-01-07 13:30 hs.

Copas quietas

Adormezco al mundo
 con la negrura de mis árboles
 salmos vegetales
 o ranas llamando la noche.
Entonces sigo aquí
a pesar de la quietud
del mundo
en aquellas copas.
Tan cercanas
en el perturbador
silencio del rocío.

Inédito 18-10-07 19:10 hs.

TAMARA MELANIA DEMIRYI
(Paraná, 1983)

VII

Vos o ese agujero negro
que lleva a su antropófaga boca
un abarrotado racimo de horas lúcidas
que son el esqueleto de mis días.

Si tan sólo las letras
no fuesen esclavas de las convenciones
y yo pudiera articular una que abrazara
todas esas significaciones trastornadoras
con que tu nombre opera
minuciosa y secretamente en mí.

IX

Un abultamiento indisciplinado, jocosos, eufórico y sonoro de
palabras que pujan, comprimen y abrevian mi pretendida libertad.
Una añeja conspiración que ejerce una infranqueable presión desde afuera.
Una espontánea y conveniente asociación terminológica que
germina perforando los poros de este mando que cobija mis horas
más desesperadas. Una marea que sube y arrastra, una caballería
que flanquea mis accesos al orden exterior.
Soy un cable que cruza palabras.

XVI

La noche hila
un nido de estrellas
que fosforece
sobre mi desértico
cuerpo.
Soy un revólver
recién alimentado

y estoy a punto de mostrar
el rigor de la pólvora
añejada en mi lengua,
sobre la mímica absurda
de esta ronda de objetos,
aún sabiendo
que vendrá otra ráfaga
de fuego,
o quizás de viento
y colándose
por las hendiduras
de mis letras
las izará tan alto
en un remolino,
las transmutará
en tibias y peregrinas
partículas de polen

(De: *Acróbata de mí* – Tráfico de arte, 2007)

JULIAN BEJARANO

(Capital Federal, 1983. Vive en Paraná desde los 5 años)

El ovillo

Desde la mitad,
vino un ovillo a la orilla
grande como una casa como el mismo río
vino porque de este otro lado hay ruido
porque está lo tuyo porque está lo mío.
El hilo es para coser las bocas y los libros
mi boca, mi libro.

En esta siesta otoñal
árboles en ronda flamean.

Humo del cigarrillo, aureolas
acá no pasa naranja, no hay pique
se dice uno a sí mismo
cómo me gustaría ver todo esto desde un avión
pero ni eso pasa.

Se oye el tronar de las campanas
de la iglesia San Miguel
todo entra por un oído y sale por el otro
sol-mi
sol-mi.
Siempre se vuelve cansado del silencio
mi sol.

En la orilla hay una hilera de pescados podridos
sus almas andarán por ahí, entreveradas
por comer el maíz pichicateado que se cayó del barco del puerto de Diamante.
Somos pescados, morimos por la boca y tragamos agua del río.

Cosámonos las bocas de espaldas a nosotros mismos.

Al sacar tan rápido el ovillo del río se me hizo una galleta en la orilla.

¿Y los que tienen ideas nuevas, no pensadas o no antes vendidas?

Aquí nomás hay un hombre desnudo que piensa en poner las manos dentro de
sus bolsillos.

Piensa el hombre desnudo:

2

Hay que coser el contenido entre las letras E y O en la palabra éxito
o por lo menos saquémosle la O, así nos queda exit,
la palabra exit siempre pegada a la puerta

la puerta es lo primero que ven los que buscan la salida
el éxito es la salida.

Ayer la noche estuvo tranquila
dentro de un vaso
miraba la luz reflejaba toda una calle de tierra
a través del vidrio, algo estalló
quizás una siesta extraviada
me tomó por el revés la luz.

El día, árboles.

Detrás de los rayos de la bici
se ve una cubierta dentro de ella
un burro trepando la pared blanca.
Antes cantaba el gallo
cantaba a las 3 de la mañana
mi abuelo le dio bastante cuerda y lo comimos.

El cuello un tornillo en el aire
dando vueltas en contra de las agujas del reloj
por gallo atrasado te afeitaron en la pileta
Una gota de escupida sobre el pico
una burbuja de aire sube al cielo.

Nacho vino con un vino bajo el brazo
para festejar uno de sus dos cumpleaños
porque el Nacho cumple dos veces al año
él vive de cuidar autos a lo largo de San Martín
Entre Carbó y Villaguay.
Me contó que tiene un silbato
para que no se le escapen los bolsilludos
Nacho no sabe que escribo
nunca va a ser mi lector.

El invierno un durazno.

Ella come sentada
en las escaleras del jardín maternal
una vez miré una rata grandota
no le alcanzaba tanta sombra
pero no importa.
Lo que importa es que hay tanto
que enhebrar bajo esta sombra.

Con la luz solar
mojo apenas el hilo
el hilo penetra el hoyo
ahora dos hilos cuelgan del hoyo

el sombrero de metal con agujeros
Para que no pinches tus dedos.
Aguja pincha nomás el pulóver azul que ahora se tiñe de naranja.

(De *La luz en las hojas* - Inédito)

La infancia siempre llega a destiempo

Somos números no hay vuelta que darle.
Hoy pienso que las mañanas volverán
siempre con lo mismo y me aburre.
La esperanza es lo último que se pierde,
dicen algunos que ya la han perdido.
Por lo menos algo guardamos detrás de las nubes,
pero la noche cae como un jugo en este loquerío.
Es un instante que no se posterga para más adelante.
Mi abuelo tirado en la madera, entero bien ordenado.
El hombre que mira el río, mientras piensa:
río qué ganas de que entres a la casa,
y saques afuera todos los muebles, necesito baldear.
La mente es un cementerio hasta que encontramos la llave.
La luna dorada como sogas de nuestra ropa colorinche,
las abejas que merodean un beso que sube al cosmos.
Un hombre y una planta que nacieron bajo el mismo
suceso de los planetas, se hallan brillantes en el jardín.
Páginas que de atrás para adelante llegan a un principio.

Lo diminuto de un hombre frente a una puerta barnizada

Por debajo, el brazo trata de llegar más allá de la puerta.
Hay un destino que intenta a toda costa perturbar un mundo.
Apenas me levanto, puedo notar a simple vista, el caos de las
cosas.
La voz del agua solo se escucha en el interior de un balde.
La lluvia busca a otra lluvia en el universo de las lluvias.
Las hojas entrecortan la imagen de la luz en el televisor.
Sí no tenés nada para decir, mejor saca la boca a la banquina.
No finjas más, que adentro del cuerpo de un hombre, hay un
terreno soleado, que se lo disputa una mujer, un hombre y un
árbol.
La vecinita me tiene loco, por la que alguna vez deje al primer
amor. Allá lejos del tiempo, del espacio y casi sin saberlo.
Con la fuerza del sol le pego una piña al tablero de la lógica,
el diamante que necesito, para subirme a un lado del dado,
se me cayó justo del bolsillo de un arco iris al final.

El agua planchada

Los albañiles trabajaron durante años
las paredes que de adentro no se caen.
El cable lleva la electricidad al hombro
y todo pesa en la cabeza gacha.
La luna es una alpargata, la noche es el
barro que la ensucia.
En casa el baño pierde agua y en los pies
se ven los hongos, nosotros dejamos la casa
afuera.
Los campos verdes crecen en las paredes laterales.
La botella gorda soporta toda la luz ésta noche.
Al mirar detrás de los techos blancos se ven
tápiales amarillos.
Los voltios se encuentran a cierta distancia del agua.
La lluvia entra finita al espacio, y yo estoy frente a un
proceso natural. Los cables tirantes, sostienen al
cielo redondo y la cascada cae verde.
El tiempo es una lagartija, que sale cada mañana,
delante de ella.

Esta luz con otra plateada que se ve allá a lo lejos.
Cuatro personas que perdieron su nombre, ahora
toman mate en ronda en el patio. Rezongan del
porque de la distancia de la noche, se comunican
a través de las miradas.

Somos reales la puta madre que nos parió.
La tarde se trepa al cielo y se desgasta al toque,
se deja caer lenta, detrás de los edificios.
El hombre que moldea su espíritu, en el trayecto
de regreso hacia su casa.
El aire viaja entre las paredes de la ciudad que
se infla. Cada vez se vuelve más angosto, choca
contra una piedra en verano.
El rancho tenía una marca en el techo, ves hasta
donde es capaz de llegar el agua.

A Eda, por su dulzura

Vieja de mierda hija de tres mil puta, bajo tierra estás. Hoy acá en buenos aires no llovió, nacional o extranjero público o privado. Nadie es eterno es hora de que lo sepas. ¿Alguien preguntará por nosotros el día de mañana? La gente se asoma aunque el fuego esté apacible. Así que emigrábamos como pájaros, pero sin ninguna preocupación, más de la que genera el amor. Que de por sí, ésa es la más pesada. No se necesitan los jueves si tenemos los viernes, no nos habíamos dado cuenta, de ese pequeñísimo detalle. Por alguna razón o circunstancia no puedo hablar. Solo los domingos uno se puede distanciar de todo. No creo en los libros, yo antes jugaba a la pelota. Bien pegadita a su madre, del otro costado árboles. Pero ahora pensamos y pensamos, y no paramos nunca de pensar.

Ella sí que tenía velocidad

Yo te quería y me dejaste en banda
vos contabas que cuando en Bernardí
llovía ibas a la escuela en tu caballo.
Y yo te amaba con más fuerza, imaginaba
tus piernas blancas manchadas de barro
tu pantalón solo dejaba ver eso.
Tenías un cuerpo esbelto con mucho fuego,
te sentías incomoda, adentro de la estatua que
parecías, no dejabas títeres sin cabeza.
A mí me gustaba la forma que tenías de caminar
en la vida, endurecías las tetas en invierno.
Ahora estoy muy ocupado, pero en días claros
como estos dejo caer, aunque disimuladamente,
un pedazo de estrella, para que la juntes vos.
Igual cuando llueve quiero hacer un pozo en la tierra
y que quieras quedarte quieta ahí.

(De: *A Eda, por su dulzura*, Inédito)

ARIEL DELGADO

Merlo, Provincia de Bs., 1986;

vive desde muy pequeño enParaná.

HACE AÑOS

Dormimos juntos hace años
y cada vez la cama es más grande.

En el aire de octubre dos árboles
se mueven sin que las hojas lleguen a tocarse.

MARIPOSA DE NICANOR

En la cama que ahora es desierto,
el recuerdo de mi novia llama la atención:
interesa la piel morena
sus músculos duros
que decoran mi memoria.

Interesan sus piernas.

Cuando se levanta
y el foco de 60W la ilumina,
puedo sentir el efecto que produce su belleza,
como cuando se cruza de piernas
y no pierdo de vista
la cicatriz chiquitita
que tiene arriba de la rodilla.
Así, por mi exceso de abandono
puedo estar horas y horas
imaginándola dormida en la cama
hasta que recupero la razón.

EN LA COCINA

Voy al comedor
y veo a mi abuela
que agarra con la mano derecha
el encendedor azul
y prende la hornalla de la cocina,
luego me mira y molesta me dice;
¿Qué mirás boludo?

No le digo nada,
ella no debe enterarse que es poesía.

TESOROS PERDIDOS

Ahora que quiero ser poeta
los viejos se cansaron de todo
los maduros dudan de todo
y los jóvenes saben todo
leí en un libro que olvidé.
Sólo recuerdo
que fuimos
Lucas, Elías y Cristian
al arroyo
a enterrar juguetes
nuestros tesoros
hicimos un mapa
y no regresamos.
Por un momento
supimos quienes éramos,
unos piratas
que guardaban sus tesoros.
Pero ahora
que quiero ser poeta
todos encontraron algo:
Lucas se fue
a una escuela de policías
y volvió como
la seguridad de la inseguridad,
Elías empezó con la marihuana
terminó con la cocaína
y ahora es el consumista
con más abstinencia,

Cristian por apoyar la política
se hizo basurero,
la sirvienta del Estado.
Yo, nada,
no puedo ir a una escuela,
no puedo tener abstinencia,
no puedo apoyar a la política.
Sólo leo las cartas de María Rilke,
escribo en mi Brother GX-6750
y me quedo
con el aire hasta la madrugada,
fusilando la pared,
creyendo que puedo encontrar algo.(Inéditos)

Marcelo Leites

Conferencia y antología de las **Nuevas voces en la poesía
enterreriana**. Alianza Francesa, Paraná, 28.09.2012